

EN LA ENTREGA DEL ARCHIVO DE  
BRESCIANI VALDES CASTILLO HUIDOBRO ARQUITECTOS  
Agosto 7, 2003

Hace algunos días, me decía Héctor Valdés, a propósito de los materiales que hoy se incorporan al archivo de originales Sergio Larraín García Moreno, que algunos de ellos no estaban en muy buen estado. A pesar de que él los ha guardado celosamente por años, esfuerzo gracias al cual están hoy día depositados en el archivo. Ellos son –me decía Hector Valdés- el resultado de un trabajo profesional, realizado con responsabilidad, con todo el rigor y la pasión de que los socios de la oficina fueron capaces, pero al cual no se le habría visto, en su momento, esa proyección histórica que hoy parece hacerlos tan valiosos.

Mi primera reacción al comentario de don Héctor, es pensar que es precisamente por ello que son valiosos: porque son lo que son. Y que, tal vez, esa relativa falta de cálculo respecto a los medios de publicidad y publicación, hoy tan importantes, –acaso demasiado- lo que los torna todavía más valiosos. Un material que trasunta lo que fue una obra, que constituye una de las huellas que esa obra ha dejado y no lo que esa obra pensó de sí misma como imagen. Si algo tiene buena parte de la mejor arquitectura realizada durante los 50 y los 60, es una cierta falta de pretensión que vista a la distancia resulta especialmente valorable.

Sin embargo, no puedo dejar de expresar mis dudas acerca de esa falta de conciencia sobre el valor del trabajo de BVCH. Remontando mis propios recuerdos, mi primera experiencia – sin duda bastante inconsciente- del trabajo de la oficina, es la de la Casa Mingo, que visité en más de una oportunidad cuando tendría 8 o 9 años y que dejó en mí un recuerdo memorable, como debe haberla dejado en todos aquellos que por entonces la visitaban. Dos vivencias se entremezclan en esa experiencia: la primera es más superficial: la de la cubierta corrediza del patio central, accionable desde un comando eléctrico, que sólo puedo comparar con algunas de esas imágenes tecnológicamente milagrosas de las películas de Jacques Tati, vistas por esos mismos años. La segunda, más profunda, es la de la hermosa continuidad entre la sala de estar y el jardín oriente, emparentada con lo que años después conocería como las casas patio de Mies van der Rohe. Ramón Valdes, compañero de curso en el colegio y en la Escuela de Arquitectura, me facilitaría, sin imaginar que yo terminaría estudiando arquitectura, el conocimiento de algunas de las obras de la oficina. Recién llegado a Santiago recuerdo el edificio de la calle Holanda en terminaciones; las Torres de Tajamar, frente a las cuales pasaba en trolley cada día, vinieron a reemplazar a una feria de entretenimientos a la que yo solía ir; por último, la propia casa de Héctor Valdés en calle Las Nieves. Debe haber sido en el segundo piso de esa misma casa que tuve entre mis manos por primera vez el libro Bresciani, Valdés Castillo, Huidobro, publicado por el Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas de la Universidad de Buenos Aires. Pensándolo bien, tal vez fue la primera monografía de arquitectura que tuve entre mis manos.

Pero no quiero restringirme a las impresiones personales. Hace algún tiempo, Hector Valdés tuvo la generosidad y la visión de donar a nuestro archivo de originales la interesantísima correspondencia entre él y Mario Buschiazzi, director por entonces del Instituto, a propósito de la publicación de ese libro. Se trata de 61 cartas intercambiadas entre el 12 de octubre de 1962 y el 6 de junio de 1965. En carta del 27 de Setiembre del 63, se anuncia que el libro está publicado y ha sido enviado a Chile, de manera la relación entre Valdes y Buschiazzi se extiende bastante más allá de la publicación propiamente tal.

Esta preciosa correspondencia presenta multitud de capas de lectura. Es un trozo de la historia de la arquitectura moderna en Latinoamérica y, en cierto modo, de historia de la vida privada del período. Es también una pieza significativa acerca del ambiente intelectual que rodea la arquitectura en esos momentos. En ella aparecen no sólo los procesos mediante los cuales el libro fue preparado, sino también la personalidad de los interlocutores, Héctor Valdés y Mario Buschiszo, y de quienes estuvieron alrededor del libro: Ricardo "Dicky" Braun, Carlos Alberto Cruz, Ismael Echeverría, el propio hijo de Buschiszo. Desde luego la seriedad con que la oficina aceptó el reto de la publicación es ejemplar y así lo reconoce Buschiszo. Los proyectos publicados fueron redibujados y tengo entendido que las fotografías encargadas específicamente para la ocasión. Es una circunstancia particularmente afortunada que la colección de arquitectura del fotógrafo Rene Combeau, donada hace algún tiempo a nuestro archivo, se haya encontrado hoy con los dibujos de las obras que registró.

Curiosamente la correspondencia no registra mayores problemas en la organización del núcleo del libro, es decir las obras de la oficina, sino más bien en el ensayo previo, que tenía la responsabilidad de situar la obra en el contexto histórico de la arquitectura chilena. La figura de Carlos Bresciani ronda permanentemente la correspondencia: "el chino" como se le llama cariñosamente, ha prometido entregar unos materiales para el ensayo introductorio que nunca llegan, e impiden a Dicky Braun abordar la tarea. Durante el proceso editorial, Bresciani tiene un grave infarto que interrumpe, en 1963, su posibilidad de participar en el proyecto editorial.

El librito, como se le llama en la correspondencia, es sin duda la primera monografía publicada a una oficina chilena, por añadidura en el extranjero. El forma parte de un proyecto editorial particularmente interesante y ambicioso del Instituto de Arte Americano que, seguramente, pasa con Buschiszo, por uno de sus mejores momentos. De acuerdo a lo señalado por él mismo, previamente han publicado monografías dedicadas a Skidmore Owens y Merrill y a Candela. Posteriormente al proyecto chileno, se preparan a editar un libro dedicado a Kahn, a quien Buschiszo considera no sólo un bohemio perdido, sino, además, tacaño. Estos hechos nos van dando una idea de la significación que la oficina ha alcanzado en Latinoamérica. La correspondencia se interrumpe justo en un momento de transformación de la oficina, en la que sin concluir todavía, cambia decisivamente de carácter. En una de las últimas cartas, Hector Valdés anuncia que Fernando Castillo ha sido designado Alcalde de la nueva comuna de La Reina y que el mismo asumirá la presidencia de la Sociedad Constructora de Establecimientos Educativos.

La publicación del Instituto de Arte Americano, no es una excepción. Además de su inclusión en revistas chilenas como *Plinto* y *Arquitectura y Construcción* y *Auca*, la obra de la oficina había venido recibiendo atención internacional desde los años 40. Ella aparece en el *Architects Year Book* y *Domus* del 48, *L'Homme et l'Architecture* del 49, diversos números de *Architectural Design*, entre el 59 y el 64 y *Cuadernos de Arquitectura* (Madrid) del 61. Había sido también citada en libros de historia de la Arquitectura latinoamericana como los de Bullrich y Bayón-Gasparini. La Unidad Vecinal Portales, por su parte, fue publicada en esa obra clave del período que es *El Brutalismo en la Arquitectura* de Reynar Banham. En síntesis, Bresciani Valdés, Castillo Huidobro es sin duda una de las primeras oficinas chilenas en ser consideradas en un ambiente y un horizonte internacional. Es bueno recordarlo hoy que disfrutamos la bonanza de revistas internacionales dedicadas a Chile.

Es difícil sintetizar en pocas palabras el sentido de la contribución arquitectónica de Bresciani, Valdés, Castillo, Huidobro. Así lo comenta también Buschiszo en la correspondencia, al referirse a una obra

que habla mas bien por sí misma, que es difícil de comentar. Me atrevería de calificarla de ecléctica. No en el sentido de mezcolanza superficial y arbitraria que suele atribuírsele hoy, sino mas bien en el sentido positivo que se le atribuyó en algunos momentos del siglo XIX: la apropiada elección del conoisser. Se aprecian en esta obra caracterizada por una compleja simplicidad, rasgos provenientes de distintas fuentes: una cierta simplicidad y elegancia en el manejo de volúmenes livianos, de raigambre miesiana, una sensibilidad hacia el hormigón y determinadas búsquedas tipológicas que tienen más que ver con el punto de vista corbusiano y una atención a las exploraciones que contemporáneamente se dan en Latinoamericanas como es el caso de Brasil. Todo ello, manejado con admirable naturalidad, sin afán de cita, con delicada atención hacia las circunstancias del terreno y el encargo, lo que otorga a la obra una auténtico sentido de pertinencia y, muchas veces, una originalidad de fondo.

Cuando agradecemos la entrega de este archivo que de hoy en adelante quedará a disposición de los investigadores, chilenos y extranjeros, de los estudiantes de pre y post grado, que dará probablemente materia a futuras tesis doctorales, no estamos simplemente agradeciendo un conjunto de papeles, algunos de ellos en no muy buen estado, como señalaba Hector Valdés. Estamos agradeciendo la huella de una obra. En algunos casos la única que queda o quedará. Porque como decía Victor Hugo, tal vez de manera exagerada, hay ocasiones en que el papel sobrevive a la arquitectura. Esa obra fue capaz de tensar el ejercicio de la arquitectura en Chile. Incorporó densidad de ideas y calidad a una serie de encargos a veces modestos, a trozos memorables y a ratos polémicos de nuestra ciudades. Puso a la arquitectura realizada en Chile en un horizonte de discusión internacional. Quedan además, en estos papeles, las huellas del trabajo de un grupo de hombres diversos, activos, creativos, que supieron entenderse, que supieron articularse y complementarse. Que supieron además empeñarse en otros proyectos y otras obras por cuenta individual. Hay en ello una obra equivalente o tal vez superior a la obra construida. O que, al menos, está antes que ella.

De toda esa densidad de vida quedan las huellas en esos papeles que generosamente se nos entregan esta tarde para ponerse a disposición del estudio. Por ello, estamos particularmente agradecidos.

Fernando Pérez Oyarzun